

Al Baztán y Fuenterrabía por el Bidasoa: logística y placer. 2

El segundo día tuvo otras claves y fue muy distinto del primero, tanto en el recorrido, como en lo climático, pero con todo resultó muy satisfactorio.

Nuestro hotel-balneario pertenece a un grupo empresarial denominado “San Virila” y en su imagen corporativa hay un pajarillo en una rama; como algunos recordaréis este santo está vinculado a la tradición eremítica y monástica de Navarra, concretamente al monasterio de Leyre. Parece ser que Virila monje vivía en retiro y oración (siglo IX) en esa zona el prepirineo y en unos de sus paseos, escuchando el canto de los pájaros y admirando la belleza de la creación de Dios, meditaba y pedía a Dios comprender el misterio de la eternidad y quedó profundamente dormido. Ese sueño milagroso se prolongó no menos de 300 años y cuando volvió al monasterio, nadie le recordaba, la iglesia había sido reformada y era gótica, etc..., para él sólo habían pasado unos minutos, una pequeña “siesta” pero en realidad eran tres siglos; de este modo pudo aproximarse a comprender algo de lo que suponía la eternidad del paraíso con la Divinidad. Lo ciertos es que hubo un abad Virila en Leyre, en el siglo X y así lo recoge la Crónica de San Juan de la Peña. Tradiciones de santos durmientes hay bastantes, quizás la más famosa y antigua sea la de los siete santos durmientes de Éfeso, que también durmieron durante unos 150 años; cuando quedaron dormidos el emperador Decio perseguía y martirizaba cristianos, cuando despertaron, ya en con el emperador Teodosio, la religión oficial del imperio romano era el cristianismo y los antiguos templos paganos eran basílicas. Como podéis ver, y lo digo con todo respeto por San Virila, el famosísimo cuento de la bella durmiente, transmitido por primero por Basile y luego por Perrault, viene de muy lejos y es una leyenda recurrente sobre la relatividad del tiempo. un instante de 300 años frente a la eternidad.

Pero hay que volver a lo nuestro. Madrugamos poco, porque no era necesario salir demasiado pronto. El generoso y opíparo desayuno de nuestro hotel-balneario pudimos disfrutarlo poco después de las 8 de la mañana y tras esto sólo tuvimos que pagar el alojamiento, recoger los equipajes en el autobús y sacar nuestras “máquinas rodantes” del almacén-garaje del hotel.

Serían poco más de las nueve y cuarto cuando vimos que poco a poco llegaban a la explanada de la puerta principal del hotel unos “txikarrones del norte” con abarcas, unos vellones de oveja y unos cencerros grandes, además de una camisola larga o enagua blanca con puntillas y unos gorros cónicos largos y con cintas de colores. Unos ayudaban a otros a vestirse las camisolas-enaguas, colocarles los vellones y atarse con mucha firmeza los dos cencerros de cobre en la espalda. Era la comparsa de los **Joaldunak** de los pueblos vecinos de **Ituren y Zubieta**, que anuncian todos los años la llegada del Carnaval y bailan rítmicamente para hacer sonar sus cencerros y de ese modo ahuyentar a las alimañas, como lobos y osos, que atacaban a vacas y ovejas, y también a brujas y malos espíritus.

No vimos danzar a los Joaldunak de Ituren y Zubieta porque los preparativos se alargaban y empezó a chispear. También fueron llegando miembros de cofradías de tierras de vino. Era evidente que se iba a celebrar algo o se iba a nombrar a alguien cofrade. Será casualidad

pero en el hotel estaba alojado José Sacristán, según nos comentó Domingo, que compartió con él un ascensor. Todos hubiéramos querido ver el espectáculo pero había que partir y los ciclistas pusimos rumbo a Doneztebe y empezar allí la Vía Verde del Bidasoa. Alguien se amostazó por no poder ver en danza a los Joaldunak, la *“zanpantzarrak”*, hoy muy extendida en muchas celebraciones de todo tipo, pero *“excursionar”* en grupo tiene algunos inconvenientes.

La vía verde sigue la traza, como es normal, del antiguo tren minero del Bidasoa (*“Tren Txikito”*) un vía estrecha de una yarda inglesa (0,914 metros). Se inauguró en julio 1890 en su primer tramo y se fue ampliando sobre 1916 hasta los más de 40 kilómetros que pudimos recorrer. El ferrocarril sufrió una riada muy severa en octubre de 1953, que arrancó 400 metros de vía, y se cerró definitivamente en 1956 por renuncia de la concesionaria.

El recorrido de la vía va pegado a curso del río Bidasoa, cuya explicación etimológica en vascuence sería Camino (*bide*) a Oiasso, es decir, Irún. Los primeros kilómetros tenían un firme de hormigón en perfecto estado. Como la distancia total a cubrir era moderada el ritmo de descenso podía ser tranquilo y así fue, salvo alguna pequeña escapada (*“la cabra tira al monte”*). Por supuesto: ¿dónde nos habíamos metido todos...? En los primeros 10 km., entre Sunbilla y Igantzi, nos tocó atravesar algún túnel (corto) ver un primer puente colgante sobre el Bidasoa y una cascada metida en el bosque al borde de nuestro camino. No he podido conseguir el nombre de esa caída de agua, pero el lugar *“secreto”*, que nos enseñó María Emilia era de fantástico, propio de duendes y hadas.

Un poco más adelante sobre el kilómetro 16 pasamos un túnel en curva pero tenía un poco de iluminación y no dio problemas; más adelante tuvimos otro túnel que pudo darnos problemas pero con los frontales y unas pocas voces de aviso se superó bien. A esta alturas el firme de la vía era ya de tierra compactada pero de buena calidad. El grupo hizo alguna foto sobre otro puente del río y después nos aproximamos ya a Vera de Bidasoa, cuando se planteó la posibilidad de una parada para tomar un café. Esta saludable disciplina de *“tomar café”* en este caso pareció contraindicada ya que comenzó a llover un poquito. La prudencia y la experiencia de algunos de los más veteranos en esto de la *“bici”* llevó a no hacer la parada cafetera y a continuar sin prisa pero sin pausa. Fue un acierto porque la lluvia fue poco a poco a más. Por cierto, Vera de Bidasoa, que no llega a 4.000 habitantes, es nuestra capital absoluta del *“foie”*, dicho de otro modo, los patos y ocas que se crían ahí son muchísimos más cada mes y toda su transformación y venta da trabajo a muchas personas en la zona.

Tras un cruce de carretera nacional *“delicado”* la vía tiene algún tramo con asfalto para volver luego a la tierra. En seguida se entra ya en Guipúzcoa por Endarlatza don de encuentran las Peñas de Aya, que como nos explicó Paco Rivas es el macizo rocoso-granítico más antiguo, geológicamente hablando, de España. La lluvia (en Sevilla es pura maravilla...) pero en bicicleta y por el norte termina siendo molesta, porque (¡oh cielos!) moja y termina calándote. Casi todos nos fuimos poniendo chubasqueros para protegernos. No llegó la lluvia a ser muy intensa ni consiguió a embarrar la vía pero de una forma u otra

se aceleró un poco el paso. Hasta ese momento disfrutamos de la naturaleza y verdor del corredor fluvial del Bidasoa, que estaba limpio y bastante cuidado.

Llegamos a la gasolinera a poco más de un kilómetro de Casa Enrique, hoy llamada "Peio", junto el puente internacional de Behobia. El autobús no estaba allí porque el aparcamiento no era practicable o maniobrable. Seguía lloviendo un poco y algunos no quisimos seguir hasta el Faro Higer y el camping. Los "virtuosos de la rueda", "los 7 ú 8 magníficos" enfilaron para Fuenterrabía por carretera (¡qué miedo!) y llegaron perfectamente.

Los que no quisimos rodar más, tardamos un poco en localizar al bus; por fin apareció y comenzamos la bonita tarea del desmontaje y estiba de la carga de las "máquinas" en la bodega. En un cuarto de hora, poco más o menos, arrancamos hacia el camping y el faro Higer. No se puede ver más en menos tiempo: la desembocadura de nuestro Bidasoa, la isla de los Faisanes, una inmensa playa de vías de ferrocarril, un aeropuerto, un puerto de pesca y deportivo, unas casas y apartamentos preciosos y de capricho y un faro en lo alto. El chófer consiguió aparcar "el monstruo" y unos cuantos ("ladies & gentlemen") decidimos tomar una reparadora ducha. Los servicios y vestuarios del camping eran muy justitos, aunque el lugar en el que está situado tiene unas vistas increíbles.

Ya más "bonitos que un San Luis" nos dejamos caer por el bar-restaurant del camping y dimos cuenta unas y otros de cañas, sidras y vinos, con alguna tapa para abrir boca. La comida se adelantó un cuarto de hora y en ella, con ensalada o fideuá (¿) y pollo asado o bacalao, pudimos departir la jornada y saber de los senderistas. Nos llegó la fiesta hasta para café y pacharanes (no nos privamos de nada). Después al bus. Hubo siesta, no fiesta, porque ésta había sido completa durante todo el fin de semana navarro-guipuzcoano, que nos han preparado con tanto cariño y que debemos agradecer a nuestro queridos "culpables".

Hasta la próxima pedalada juntos, mi abrazo.

Daniel Bellido.